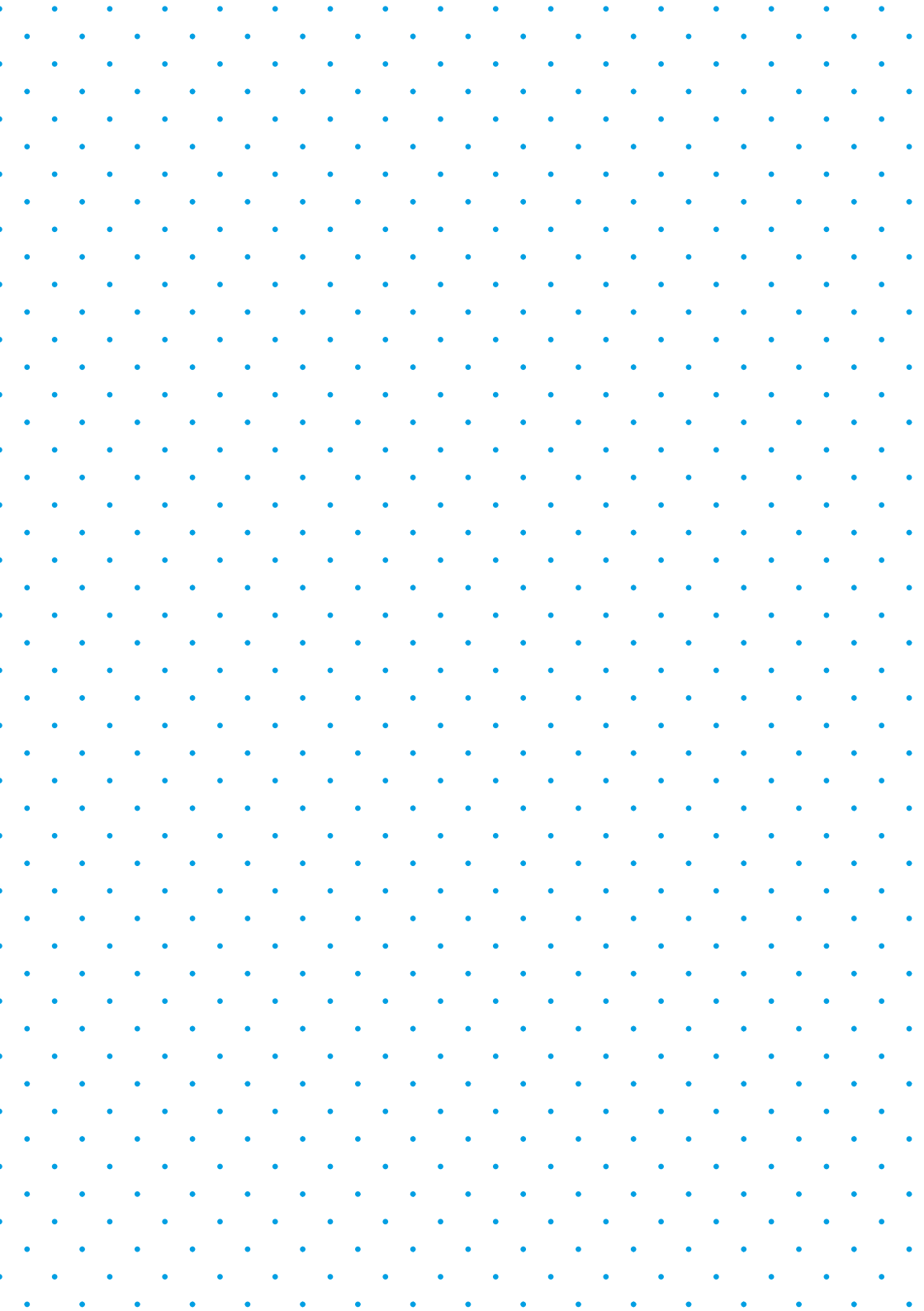


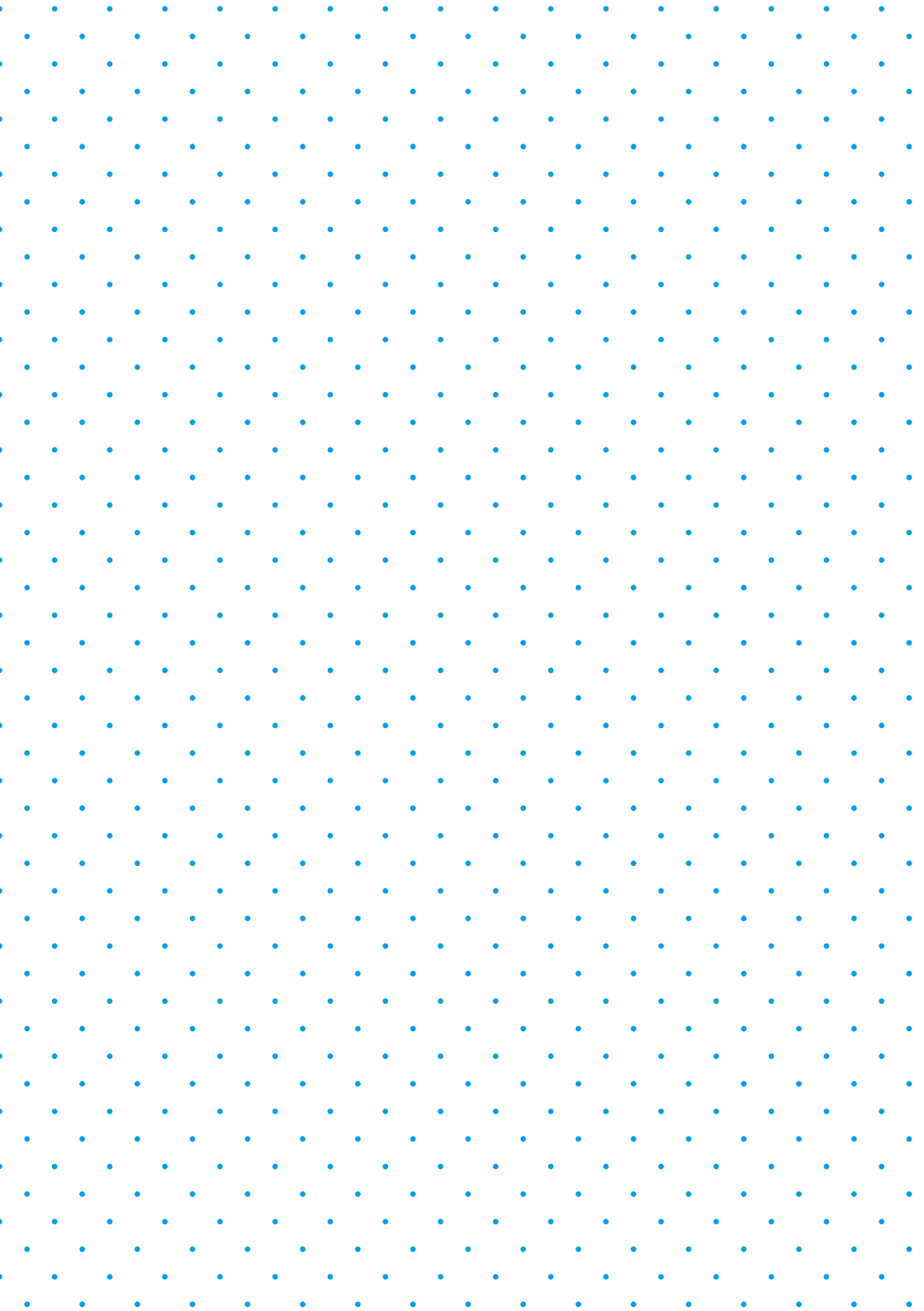
La llegada de Mateo

2^a
edición



Escrito e ilustrado por María Ayesa Usechi
con la inestimable colaboración de sus hijas,
Iratxe, Maitane y Olatz Villafranca Ayesa







Gracias a Sonia Ciriza y Miguel Ayesa por realizar la maquetación de esta publicación.

La llegada de Mateo



En el 2020 recibimos en Magale este cuento con mucha alegría. Agradecemos a la escritora María Ayesa, madre de acogida, la donación de este maravilloso cuento. Sobre todo es un regalo que nos dejaron abrir, junto con sus hijas Olatz, Maitane e Iratxe, una ventana de su casa para poder ver qué es el acogimiento familiar “en directo”, y la llegada de Mateo a sus vidas.

Lo recuerdo como si fuera hoy mismo.
Era un viernes por la tarde y habíamos
acabado las extraescolares, al día
siguiente era fiesta y era nuestro momento
familiar de las 3 P: pizza, peli y palomitas.

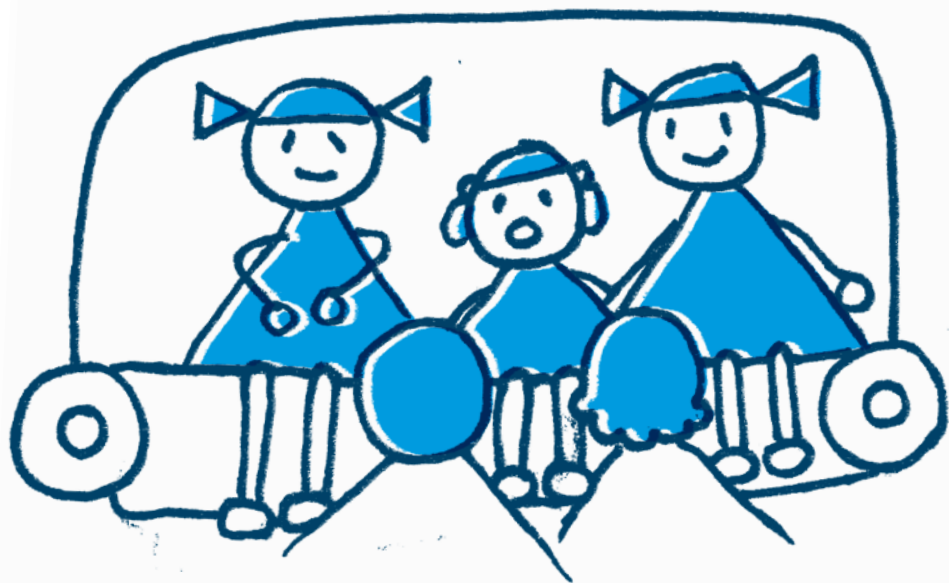




Recuerdo que ese día, mientras estaba la pizza en el horno mi mamá y mi papá nos llamaron a las tres hermanas al salón porque nos querían contar algo.

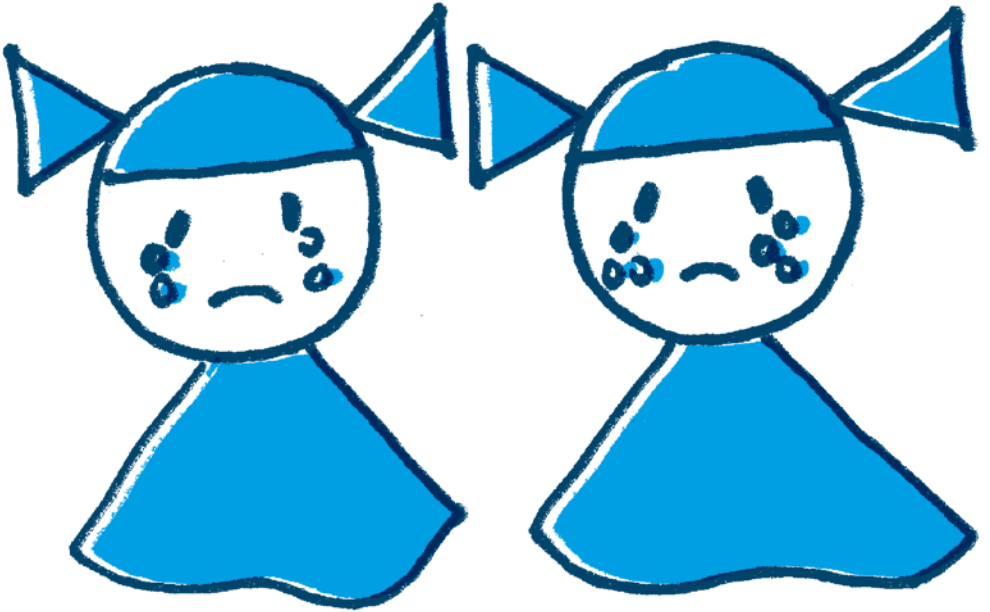
Como siempre, cada vez que había que tomar una decisión importante, como a donde íbamos a ir el fin de semana con la autocaravana, el menú semanal, o qué película íbamos a ver en el cine, se convocaba una reunión familiar.

Pero ese día era diferente. Nos hicieron sentarnos a todas formales en el sofá y escuchar con toda nuestra atención. Eso quería decir que el tema era muy, pero que muy importante. Empezó mi mamá contándonos que cerca de donde ella trabajaba había una casa donde había un montón de niños y niñas que vivían sin sus papás y mamás porque en ese momento no les podían cuidar.

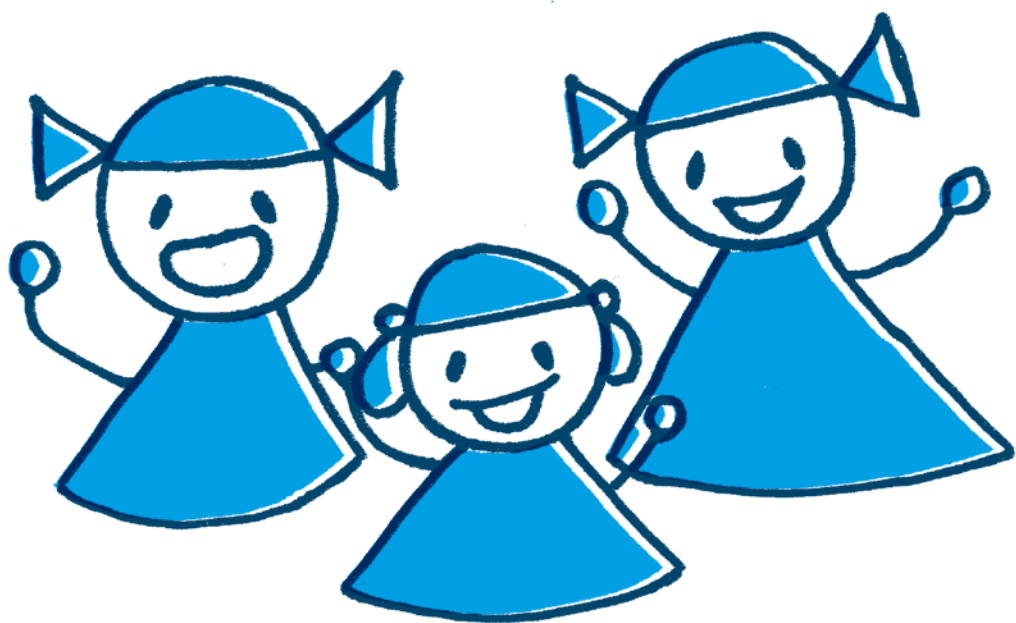


A nosotras nos dio mucha pena y hasta mis hermanas Iratxe y Maitane que son muy sensibles y mellizas, casi empiezan a llorar, aunque ya tienen 8 añazos.

Siguió diciendo mi mamá que si queríamos podíamos ayudar acogiendo a un niño o una niña en nuestra casa mientras su papá y su mamá se recuperaban.



A nosotras nos pareció una muy buena idea. Y empezamos a reírnos y a gritar de alegría. No hizo falta negociar nada. Lo teníamos clarísimo. Queríamos ayudar.



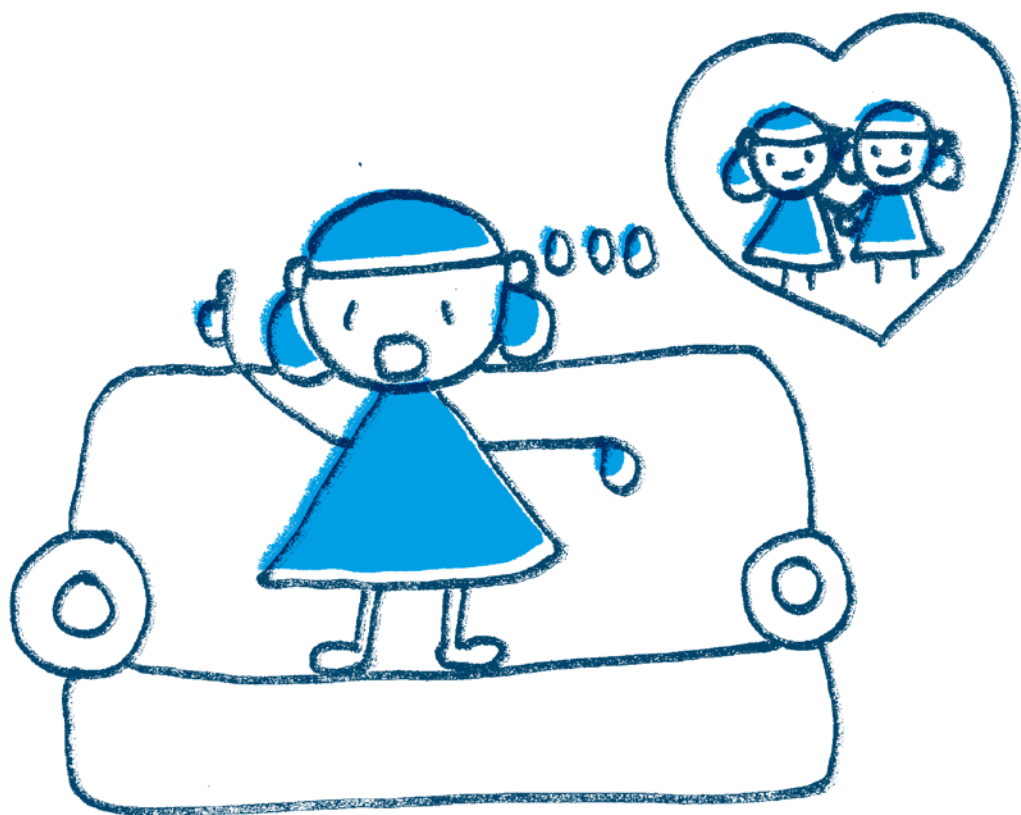
De repente me puse muy seria y dije:

– Pero esta vez, ¡voy a decidir yo quién va a venir! No va a haber negociación.

Yo soy la pequeña de las tres hermanas y me llamo Olatz y estoy harta de no tener una hermana gemela y de no poder mandar en nada porque soy la pequeña.

Así que me puse de pie en el sofá y dije:

– ¡Quiero que venga una niña de 5 años para que sea mi gemela!



A pesar de que pensaba que iban a decir que no, todas estuvieron de acuerdo con mi decisión. Así que me di cuenta de que no era la única de la familia que pensaba que me hacía falta una hermana gemela. Esa noche dormí con una sonrisa en la cara de oreja a oreja.



A la semana siguiente fuimos a bienestar social y nos juntamos con dos chicos muy majos que nos hicieron varias preguntas para conocer como éramos y nos apuntamos en una lista por si algún niño o niña necesitaba una familia.

Cuando acabó la entrevista yo les dije:

¡Yo quiero una hermana gemela!

Y por lo que se ve les pareció muy bien también porque se echaron a reír. ¡Otro día que dormí con una sonrisa de oreja a oreja!





A partir de ese día, cada mañana durante un montonazo de tiempo les preguntaba a mi mamá y mi papá si iba a venir mi gemela ya. Y cada mañana durante un montonazo de tiempo me contestaban que tuviera paciencia.

Tuve tanta paciencia, que llegó un momento que hasta se me olvidó que iba a tener una hermana gemela y un día dejé de preguntar.



Cuando pasó un año, justo el día del cumpleaños de mi padre, nos llamaron de bienestar social para decirnos que si queríamos, había una personita a la que le vendría muy bien estar un par de años en nuestra familia.

Yo estaba contentísima... por fin ¡Mi gemela!



Era un lunes por la mañana y fuimos a un chalet que hay cerca de donde vivimos, a conocer a mi gemela. ¡Tenía unos nervios! Nos hicieron esperar a los 5 en una habitación y al cabo de unos minutos, entró una cuidadora con el nuevo miembro de mi familia. Cuando se abrió la puerta yo no podía cerrar la boca. Me quedé... ¡No sabía ni qué decir...!



La cuidadora se fue y nos dejó a solas con... ÉL. Sí, como lo oyes, era un chico y encima muy pequeñajo. ¡Pero si no sabía ni hablar! Había habido un error. ¿Y mi gemela?

¡Yo quería una chica de 5 añazos y no un pequeñajo de 2!



Me enfadé muchísimo y me senté con los brazos cruzados contra la pared. Vino mi madre y me preguntó qué me pasaba. Yo le dije que eso no era una gemela ni nada, que era un pequeñajo y que yo no quería pequeñajos en mi vida. Y menos un pequeñajo tan pequeñajo, porque la hermana pequeña de mi mejor amiga, que también tiene dos años, por lo menos habla, anda y corre. Pero este... ¡nada de nada! Casi no se mantiene ni en pie solo.



Entonces mi mamá me explicó que no se puede elegir qué niño o niña quieres, como cuando se tiene un bebé en la tripa que no se puede elegir cómo va a ser, que en esa casa había un montón de niños y de niñas que no tenían papás ni mamás y necesitaban ayuda, y que seguramente este niño que nos habían dado era el niño que más ayuda necesitaba de todos, porque su papá y su mamá no le habían podido enseñar nada.

Me quedé un rato sentada contra la pared pero cada vez estaba menos enfadada porque ya iba entendiendo lo qué pasaba. Eso no era una tienda donde elegías lo que querías. ¡Era cómo una tómbola!
¡Cuestión de suerte!

Empecé a mirar a la sala y a ver cómo mis hermanas jugaban con el pequeñajo y la verdad es que me hizo mucha gracia cómo se reía y cómo intentaba coger todo y no llegaba. Entonces me quedé mirándole y al poco rato, él me miró a mí también. ¡Qué mono!

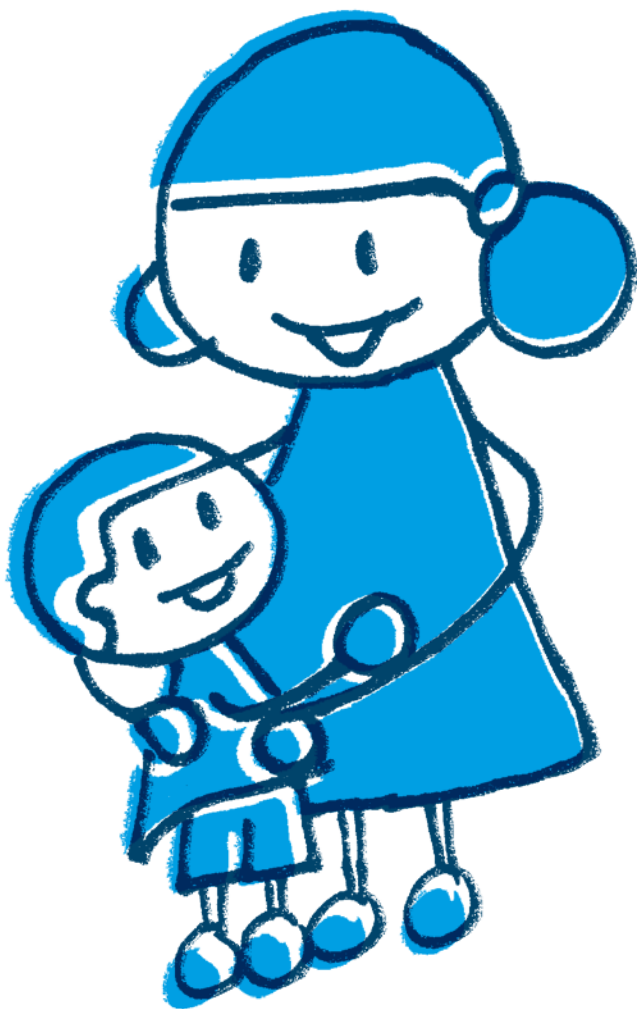


Tenía los ojos como un cachorrico. Pensé un poco y fui donde mi mamá y le dije que por mí bien. Que no habíamos tenido mucha suerte porque me había quedado sin gemela, pero que tampoco me importaba ser la hermana mayor del pequeñajo, ya que yo nunca había sido la hermana mayor de nadie.



Y pensé en todo lo que íbamos a jugar y que yo le iba a enseñar a jugar a rugby y a fútbol y a todo. Yo le iba a cuidar, le iba a dar de comer, le iba a vestir... ¡Madre mía! Qué trabajazo iba a tener... Entonces pregunté cómo se llamaba el pequeñajo y nos dijeron que se llamaba Mateo. ¡Bonito nombre! Me pareció que nos íbamos a llevar bien.

En dos semanas Mateo ya estaba en nuestra casa. Le habíamos preparado la casa para que estuviera super agusto. Muchos de los juguetes con los que yo ya no jugaba porque eran para pequeñajos se los guardé para dárselos cuando llegara. ¡Qué contento estaba! Desde el primer día me pareció como si hubiera sido mi hermano toda la vida. Cada día pensaba que no habíamos tenido tan mala suerte. ¡Que va! ¡Habíamos tenido mucha suerte! ¡Cada día me gustaba más mi Mateo!



Pero hubo una cosa que me llamó mucho la atención. A todo el mundo que le contábamos que habíamos acogido a Mateo nos decían:

“¡QUÉ VALIENTES!”

Y yo no entendía nada. ¿Valientes? Pero ¿por qué?

Valiente es un domador de leones, un submarinista que nada entre tiburones, el que se tira de una avioneta en paracaídas, el que se monta en la montaña rusa y no se agarra. Pero nosotros... ¡por acoger a Mateo!

Pero si no muerde ni nada y encima es muy pequeñajo. Mateo no da ¡NADA de MIEDO!

Yo soy valiente porque no lloro cuando voy al dentista pero no por acoger a Mateo.



Otra cosa que nos decía la gente es:

¿Por qué os complicáis tanto la vida?

Yo ni siquiera entendía qué querían decir con eso. Hasta que me explicaron que era como elegir ir por el camino difícil cuando se podía ir por uno fácil.

Pero si nuestra vida es igual de fácil que antes. Y la de Mateo ni te cuento, esa sí que ha cambiado. Antes era muy complicada, no tenía papá ni mamá. ¿Cómo puede ser que un niño de 2 años viva sin su papá ni su mamá?

Es que Mateo es muy majo y se porta super bien. ¡Algo mejor que algún hermano pequeño de mis amigas! Además es muy cariñoso y siempre está dándonos besos y diciéndonos que nos quiere mucho.

Mi madre dice que cuando ya hay mucha gente en una casa por uno más ni se nota.



A mí me da igual lo que diga la gente, yo solo sé que para mí Mateo es un superhéroe y con lo bien que me caen a mí los superhéroes, yo soy su fan número 1.

¿Y sabéis por qué pienso que es un superhéroe? Pues porque cuando Mateo nació, su mamá y su papá no le cuidaban, ni le daban mimos, ni besos, ni abrazos, ni le enseñaron a andar en bici, ni en patines, ni a nadar, ni le contaban un cuento antes de dormir y cuando se caía no le curaban ni le cantaban el “curita sana”. Y yo pensaba que todos los papás y mamás cuidaban, daban mimos, besos y abrazos y que enseñaban a andar en bici y en patines y a nadar y contaban un cuento antes de ir a dormir y cuando se caían todos los papás y mamás curaban y cantaban el “curita sana”.



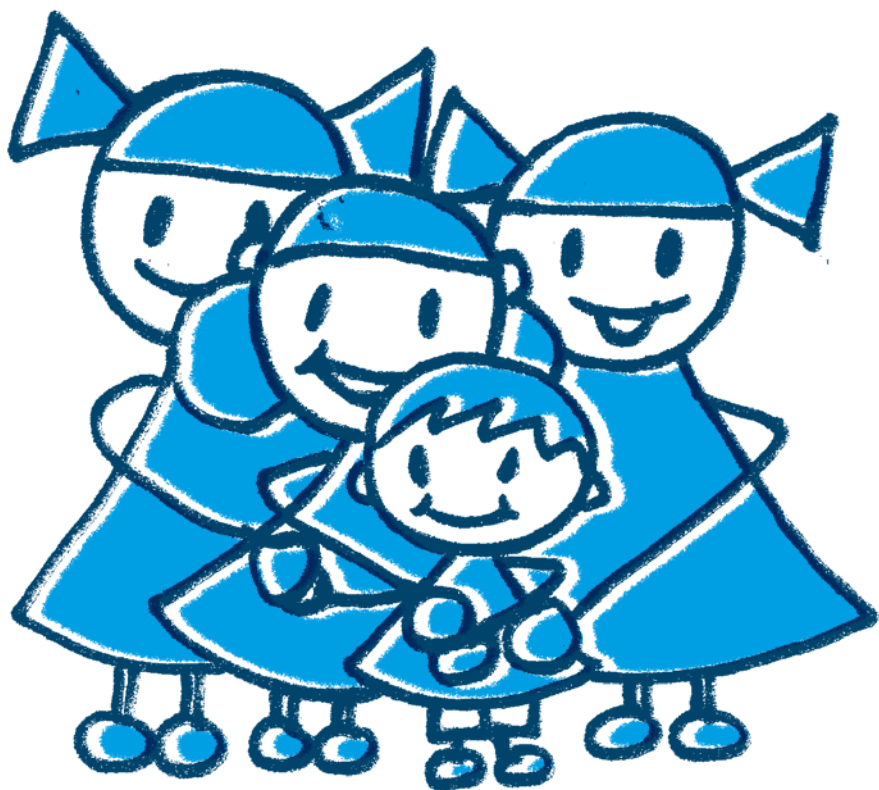
Por eso pienso que Mateo es un tío grande, aunque no mide ni un metro. Pero yo no pienso en él como si fuera un pobrecito o una persona que da pena. ¡Qué va! ¡Justo lo contrario! Ha sido un valiente y ha aguantado todo super bien. Yo no lo hubiera hecho y mis amigas de clase tampoco. Por eso estoy muy contenta, porque Mateo por fin tiene una familia que le cuida y le quiere y encima como somos muchos en casa no le falta nunca compañía que es lo que más necesita y encima, todas las noches tiene un cuento de regalo.

Mateo sí que es valiente, un tío grande, un superhéroe, vamos... es ¡la LECHE! En un año ha aprendido a hablar, a jugar, a reír, a mirar, a cantar hasta en inglés, a jugar a rugby, a pintar, a hacer puzzles, eso sí... jugando a fútbol sigue siendo malísimo. Yo creo que aprenderá antes a volar.

Me encanta tenerlo como hermano. ¡A ver a quién no le gusta ser la hermana mayor de un superhéroe!



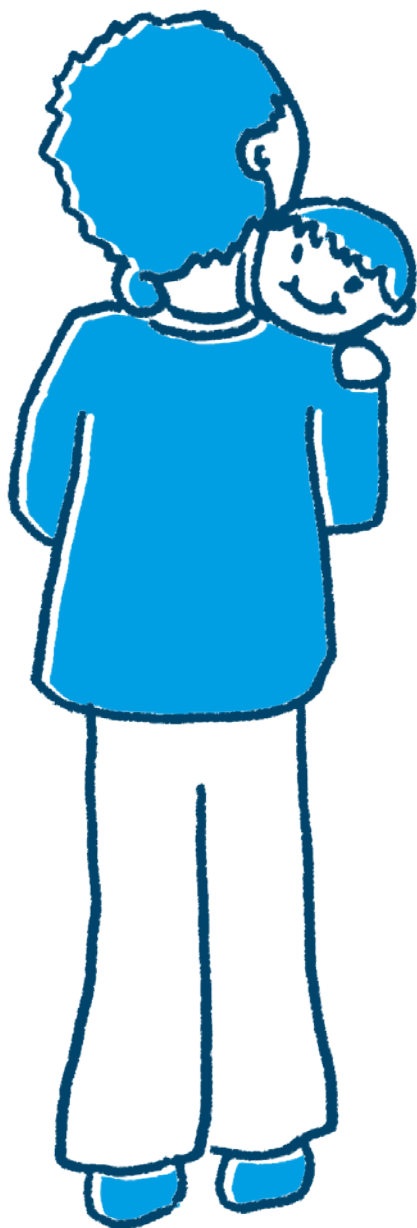
Y si algún día tiene que volver con su mamá y su papá, que es otra de las cosas que dice la gente, claro que me dará mucha pena y seguro que algún día lloraré, pero también me sentiré muy bien por haberle ayudado en todo lo que he podido y estoy segura de que seguiré viéndole de vez en cuando y sobre todo que nunca dejará de ser nuestro hermano.



Cuando habían pasado casi dos años desde que Mateo vino a casa, nos llamaron de bienestar social para decirnos que Mateo debía volver a vivir con su papá, al que había conocido y que tenía visitas con él una tarde por semana.



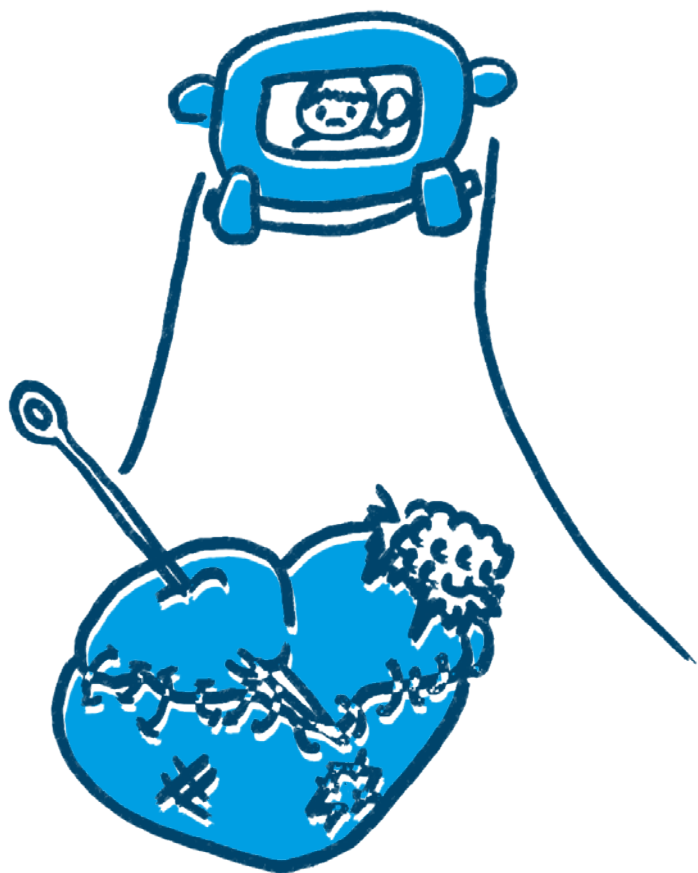
Mateo y su papá se cogieron muchísimo cariño y al final Mateo iba a conseguir vivir con su papá, que es lo mejor que le podía pasar.



Le preparamos una fiesta de despedida muy bonita, pero a pesar de todo para mí fue el día más triste de toda mi vida. Y también fue el día más triste de mis hermanas, de mi mamá, de mi papá, de Mateo, de su papá y hasta de las trabajadoras sociales que nos acompañaron.



Era finales de junio y cuando acabó la fiesta, Mateo se fue con su papá. Y mi familia y yo nos quedamos mirando como se alejaba en el coche y nosotros teníamos el corazón roto en mil pedazos.



Y pasaron los días y tuvimos que acostumbrarnos a vivir sin Mateo y fue lo más difícil que he tenido que hacer en mi vida.

Un día, cuando había pasado más de un mes desde que Mateo se fue, nos llamó su padre para que fuéramos a su casa a verle. Cuando lo vimos, nos quedamos super tranquilos porque Mateo estaba genial y vivía con su familia que era majísima en una casa muy bonita.



Y desde ese día nos vemos una vez al mes y aunque nosotras pensábamos que íbamos a pasar de ser sus hermanas a ser sus primas, todo sigue igual porque para Mateo seguimos siendo sus hermanas y mis padres siguen siendo su mamá y su aita. Y para mi familia Mateo sigue siendo el hermano y el hijo que ha sido siempre y aunque no vivimos con él, lo seguimos queriendo muchísimo. Eso sí que no va a cambiar nunca.

